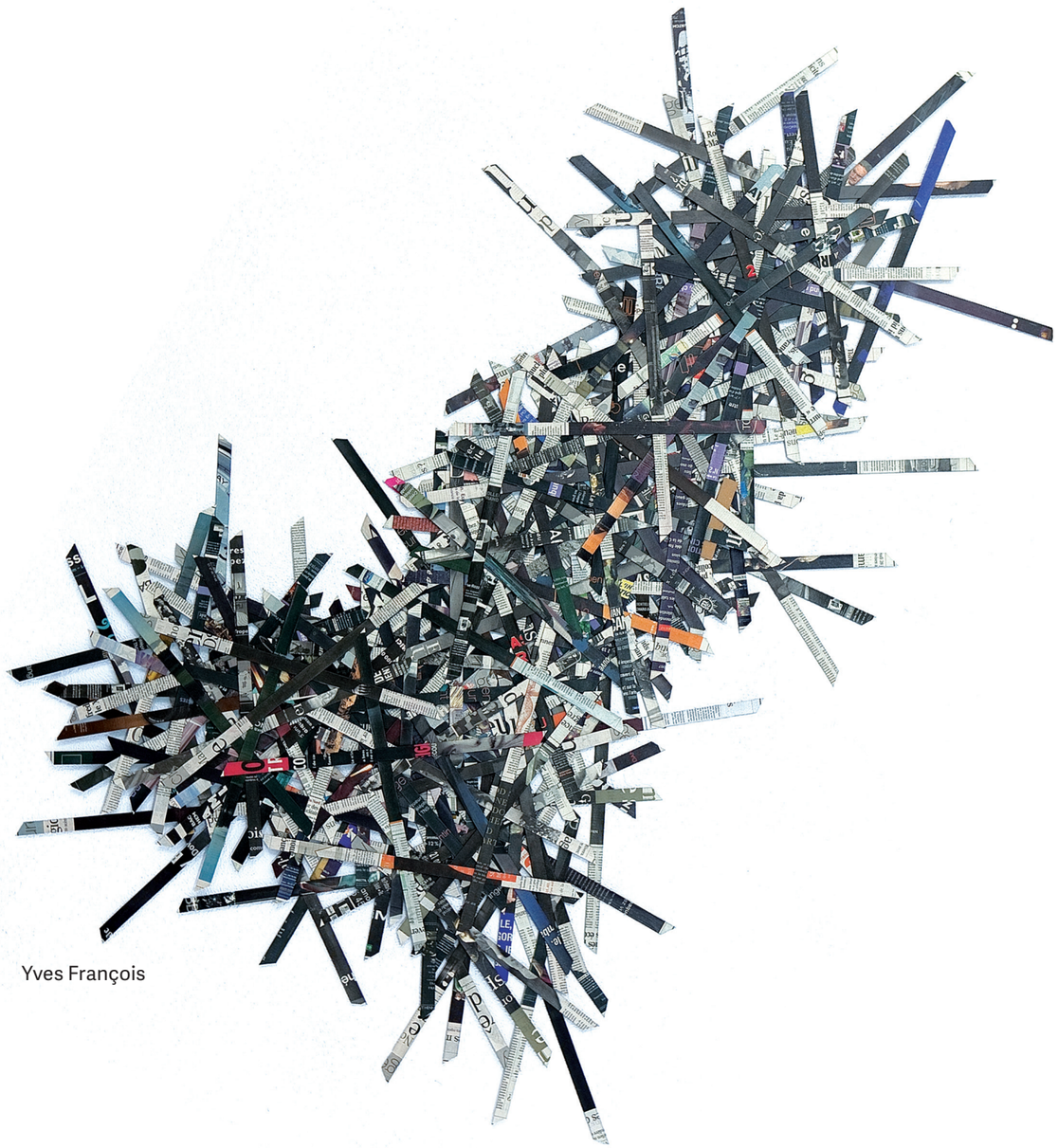
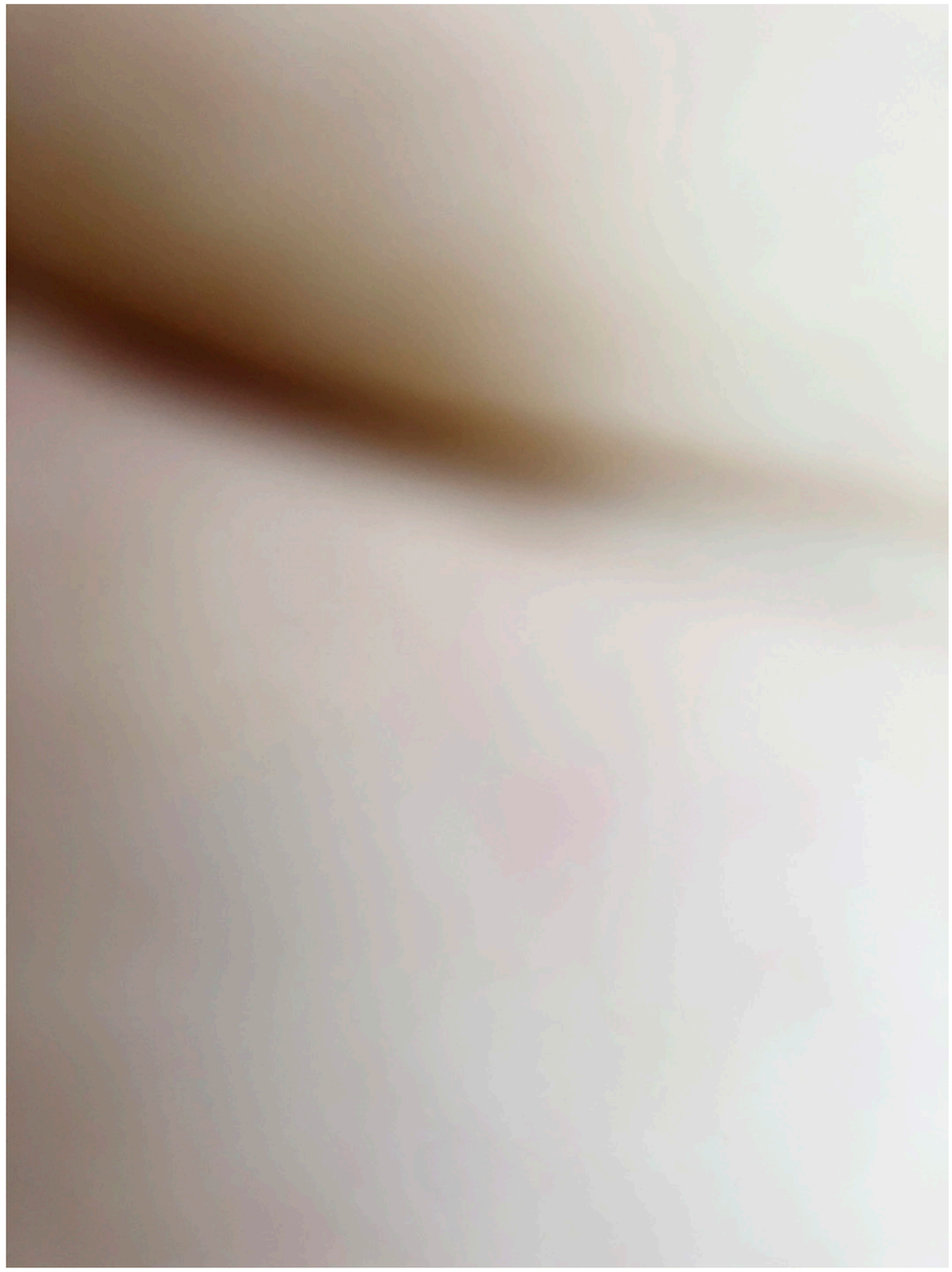
East meets West

Galeria Horizon 15.07.23–17.08.23



Yves François



Hiro Matsuoka

www.galeria-horizon.com

Un arte con espíritu oriental

En China, el pensador y el pintor [...] antes de juzgar o crear una obra [...] se planteaba la preeminencia del espíritu [...]. Antes de actuar debía descubrir un doble principio de elevación y conducta.
Georges Duthuit

El arte, tal y como hoy lo entendemos la mayoría de nosotros, es un invento reciente que, a lo sumo, podemos situar su origen a finales del s. XVIII. De hecho, como no se cansan de señalar pensadores como Rancière, se trataría de una de las muchas invenciones propias de la modernidad: lo que hacían los griegos, los dibujos y los signos fijados en las paredes de las cuevas, las decoraciones de nuestras iglesias románicas, los iconos bizantinos o la caligrafía árabe, por citar algunos ejemplos bastante distintos entre sí, no eran «arte», insistimos, en el sentido actual sino algo mucho más complejo y, obviamente, indisociable del pensamiento mágico-religioso y de las estructuras sociales y de poder de cada momento.

Para que la noción de arte apareciera como tal —nos recuerda la filósofa Laura Llevadot— fue necesaria la confluencia de tres factores: «la consolidación de la estética como discurso que define la obra como objeto de contemplación desinteresada (Kant), la aparición de instituciones como el museo o las galerías que extirpan la obra de su contexto (religioso, de poder, etc...) legitimándola como obra de arte autónoma, y la existencia de un mercado que le otorgue un valor de cambio susceptible de convertirla en mercancía. Sin ese triángulo discursivo, institucional y económico, aucun art».

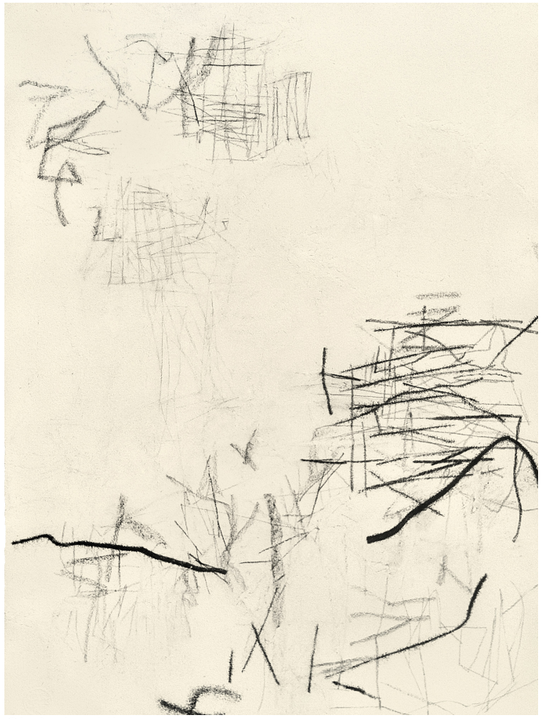
Con la modernidad, además, surgiría también la rara necesidad de aniquilar el pasado: las vanguardias encontraban su sentido profundo en la negación sistemática de la forma y de la academia y, básicamente, en la condena de la gran culpable de todo, es decir, la maldita belleza. Sigue resonando con fuerza el Make it New de Ezra Pound. Y es que el arte, tal y como hoy lo entendemos, llegaría acompañado de cambios de paradigma aún más radicales: frente a la idea clásica de un universo quieto y estable —el primer motor inmóvil de Aristóteles—, la modernidad nos sitúa en un cosmos en perpetua expansión; frente al creacionismo invariable —no sólo de origen cristiano—, la modernidad contrapone la evolución permanente de las especies; ante los ideales estoicos o epicúreos de felicidad centrados en la paz estática y la aceptación consciente de la realidad, la modernidad equipara quietud y muerte hasta el punto de que sólo lo que crece indefinidamente —como la economía— puede ser considerado un modelo válido...

¿Cómo resistirse, en cualquier caso, a ese imperativo moderno llamado «progreso»? Tàpies creía que la única (o la mejor) forma era recuperar el espíritu oriental presente en muchas culturas. Mientras que en occidente, decía, y en especial en nuestra tradición judeocristiana, se tiende al dualismo (creador y criatura, materia y espíritu, cuerpo y alma), en las «culturas de espíritu oriental», en cambio, predomina el deseo de unidad, el deseo del Uno. El artista catalán evitaba hablar de Oriente de forma muy consciente: «Nos referimos a pueblos de espíritu oriental porque su visión del mundo no se limita hoy a quienes se encuentran geográficamente en Oriente sino que es una visión cada vez más extendida y más atractiva por una mentalidad moderna». Una mentalidad moderna, añadimos nosotros, que necesita deconstruir, en este proceso, la propia modernidad.

Pero eso no es suficiente. Cualquier artista que pretenda participar de esa espiritualidad oriental deberá aceptar que el Yo es el primer obstáculo en este viaje en dirección a la unidad primordial. Reconciliarnos con la realidad significa aceptar la materia de la que estamos hechos. La pregunta que deberíamos formular, en última instancia, es esta: ¿Existe algo que, en un sentido esencial, pueda ser llamado «Yo»? Y, suponiendo que esta entelequia existiera, ¿estaría al alcance del arte la posibilidad de representarla? Filósofos como el empirista David Hume (s. XVIII) sentaron las bases para una posible respuesta contemporánea impugnando a todos aquellos que aceptaban, acríticamente, la existencia de un «Yo» (self) que sería inmutable e idéntico a él mismo. Pero Hume iba más lejos: para el filósofo británico, «penetrar» en el recinto del supuesto «Yo» equivaldría a toparse siempre con alguna percepción particular, a saber, que no estaríamos hablando de un «Yo» sino de multitud de «Yoes» que serían sólo haces o colecciones (bundles) de diferentes impresiones.

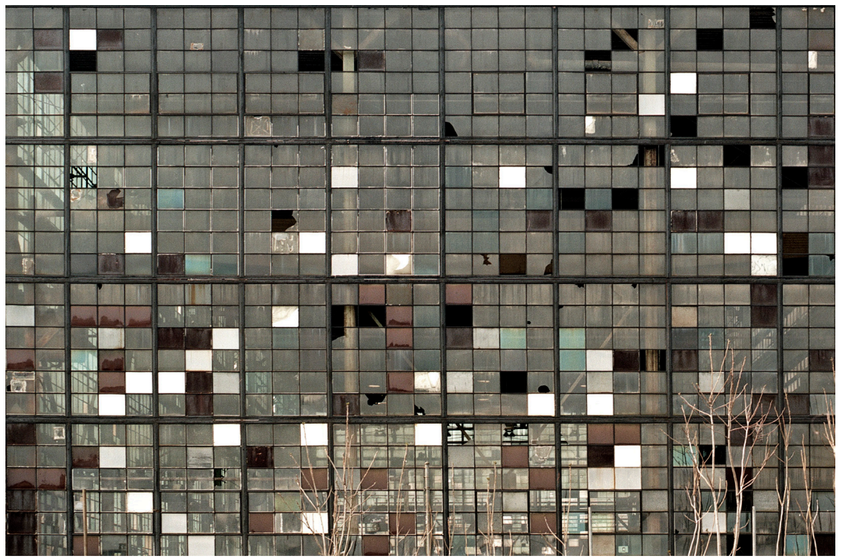
En este sentido, la idea de una identidad (permanente) al margen del cuerpo (mortal y cambiante) puede resultar muy romántica (y muy racional, creía Descartes) pero terriblemente sesgada: «En lo más íntimo de todo se encuentra el cuerpo —afirmaba un teólogo como Patrick Vandermeersch—, y quizás los latidos de ese cuerpo y la forma en que su ritmo ha asumido la cultura constituyen el auténtico pilar sobre el que descansa la experiencia más fundamental de la fe». Una fe material y espiritual a la vez. Una fe que mueve a los creadores que ahora exponen en la galería Horizon de Colera, artistas que intentan tender puentes entre occidente y oriente manteniéndose al margen de las apariencias de un presente demasiado luminoso y superficial. Lo explicaba muy bien el gran Junichirô Tanizaki en su Elogio de la sombra: «No es que por principio no nos guste nada que brille, pero siempre nos han gustado más las cosas que tienen una sombra profunda que las que tienen un brillo superficial».

Eudald Camps


Christine Hiebert

Takesada Matsutani

Alex Nogué


Tom Blaess

Christine Hiebert
Enric Ansesa
Hiro Matsuoka
Enrique Brinkmann
Takesada Matsutani
Claudio Bado
Yoon-Hee
Tom Blaess
Nicole Hassler
Yoshiyasu Zenitani
Àlex Nogue
Gabriel
Christoph Müller
Yves François
Jaume Amigó